

Luis Enrique Délano

En la tribu de Nahit Haidas

I

ERA difícil y dura la vida para esa pequeña tribu en el campo chileno. Los pueblos miserables, casi cerrados para el pequeño comercio gitano. El viejo prejuicio contra ellos, saliéndole al paso en cada calle de los pueblos, en cada camino de los campos. Además, el duro invierno de estas latitudes, con su cortejo de aguas que clavan, nieves y vientos zumbantes como insectos. Tenían razón aquellos hombres para marchar con las cabezas bajas.

Casi todos habían nacido en tierras lejanas: Alemania, Austria, Hungría. Los juntaba un lazo más fuerte que el de las nacionalidades: marchaban juntos porque todos tenían «la sangre de los nómades y el dulce mal de andar».

Hombres errantes, el mundo desenrolló su carrete de caminos debajo de sus pisadas inseguras. Países y países, paisajes diferentes, cielos distintos y siempre el viaje que sigue hacia una meta desconocida. ¿Por qué andan? ¿Hacia dónde ponen proa sus pasos? Los gitanos marchan porque sí, porque un impulso desconocido los tira a andar y a andar. No van hacia ninguna parte y pasan por todas. Hasta que de pronto desembocan en el oscuro túnel de la muerte.

El viejo Nahit Haidas era el jefe de aquella tribu. Hombre robusto, no obstante sus sesenta años, no permitía que nadie

se negara a acatar sus órdenes. Ya dos o tres gitanos habían experimentado el poder de su voluntad, en el pasado, y ese ejemplo perduraba en todos.

Dos familias constituían el grupo: los Haidas y los Mishel; Nahit pertenecía a los Haidas. Habitados desde mucho tiempo a una vida egoísta en que se prescindía de los extraños, los jóvenes de ambas familias se unían en matrimonio llegada la edad necesaria. Nacían los hijos entre la miseria o la opulencia, según que la mala o la buena suerte anduviera rondando el campamento. Se criaban en la creencia directriz de los gitanos, que todos los hombres son sus enemigos, y crecían hipócritas, ladrones y hasta criminales. Era raro que uno de ellos, un día cualquiera, echara al aire un gesto de lealtad.

A veces hubo rivalidades grandes entre los Haidas y los Mishel. Nahit era el encargado de arreglar todo asunto que hiciera peligrar la antigua unión de la tribu. Naturalmente habían predominado siempre las ideas de los Haidas, puesto que Nahit pertenecía a esa familia.

El viejo jefe tenía dos hijos, hombres de extraordinaria fuerza, y una hija, que vivía en la tienda de los Mishel. Su nieta, Sarita, era lo que más amaba Nahit entre todo aquello y la única persona que nunca recibió un golpe de sus manos arrugadas y fuertes.

Linda muchacha, Sara, erguida en sus 16 años. Era más joven que su estatura, que su apariencia de mujercita, bajo los pintorescos vestidos policromos; sus caderas más sabias que las de su madre en eso del movimiento circular, que hace hervir la sangre de todo el que la mira. Sus senos firmes y duros remataban en dos pezones diminutos que invitaban—lo mismo que las frutas—al mordisco goloso. Las trenzas rubias caían por encima de ellos, vencidas bajo el peso de todo su oro. Pero donde estaba ubicada la fuerza atractiva de Sarita era seguramente en sus vivos ojos de color café, en sus pupilas de extraordinaria movilidad. O también en su boca, grande y carnosa, en sus labios de sangre que dejaban asomar los blancos dientes.

Con el cariño de su abuelo sobre los hombros, Sara era en la tribu una verdadera reina. Atrevido debería haber sido entonces quien pretendiera sus besos. Y dulces serían esos besos, ¿verdad, Francisco?

Porque tú eres el único que podría decirlo. Tal vez tu apariencia de muchacho fuerte, tal vez tu cara morena, tus ojos vivos, tus largos cabellos negros sedujeron a Sarita esa tarde que tú recuerdas. También puede ser que la necesidad te escogiera a ti como cauce para recoger toda esa pasión que se desbordaba de sus 16 años...

Por la época que comienza esta narración, la tribu de Nahit Haidas atravesaba uno de sus períodos más tristes. La miseria afirmaba sus garras tenaces en la vida de los gitanos. Los campesinos se mostraban indiferentes cuando las mujeres pretendían verles la suerte en la palma de la mano por unas pocas monedas o venderles hipotéticos amuletos. Nadie escuchaba los gritos melancólicos de los hombres, los días que marchaban llevando a la espalda enormes pailas de cobre, forjadas mediante rudo trabajo. No había ni siquiera dinero para tomar pasajes en ferrocarril.

Los gitanos marchaban, pues, a pie, de pueblo en pueblo, con la cabeza baja y los grandes líos de ropa sobre los hombros. Primero los hombres, con los utensilios y las carpas; luego iban ellas, con las ropas y los jergones; más atrás los chiquillos, tiritando de frío, y los perros, animales acostumbrados a la vida nómada de sus amos.

Un pueblo.

—Aquí nos paramos—ordena Nahit Haidas, y la pequeña tropa se detiene. Los hombres arman las carpas con rapidez, mientras las mujeres buscan leña en las cercanías; los niños amontonan las piedras en que se han de levantar los fuegos que espanten al invierno.

Nadie está inactivo en la miserable tribu de Nahit Haidas.

II

El anochecer llegaba apurado, antes de su hora, en ese duro invierno. Envuelto en su manta de sombras espesas, cubrió de pronto el campamento gitano. Las dos carpas manchaban de blanco, con insolente ademán, la seriedad de la noche recién iniciada. Unos goterones tibios empezaron a caer.

Por el camino venían los gitanos machacando con sus fuertes pisadas el barro amontonado. Francisco marchaba detrás del grupo. Tenía frío. Su gruesa camisa de lana no le protegía bien de ese viento de duros látigos que pasaba silbando por el camino, hacia los árboles; su sombrero de anchas alas no bastaba para contener las gotas de agua que caían. Pero los ojos le brillaban, a pesar de todo. Pensaba el muchacho en aquello que traía muy oculto en sus bolsillos y que seguramente causaría una alegría a Sarita. Apenas llegaron al campamento, Francisco se apartó del grupo de sus mayores y se llegó a una pequeña fogata que ardía en la entrada de la tienda de los Haidas.

—Sara, ven...

La chiquilla, que se calentaba al lado del fuego, se levantó y lo siguió. Se alejaron algo del campamento, hasta alcanzar un grupo de árboles.

Mira, dijo el muchacho sacando un paquete de su bolsillo. Te traje algo para ti. Dame un beso...

Las ramas de los árboles hacían más espesa la oscuridad de la noche. Sara cayó en los brazos de Francisco, apretada a su cuerpo, hundidos los duros senos en el ancho pecho del joven. Las bocas se oprimían sin ruido, ansiosas, apurando aquel beso con precipitación. Una voz que venía del campamento los separó bruscamente.

—¡Sara!...

—¿Qué me traías?—interrogó.

Francisco le pasó el paquete, que ella desenvolvió, curiosa. Eran algunos dulces y varias torrijas de jamón, de oloroso jamón.

—Es para ti—dijo Francisco—; ahora vendí un cantarito y te compré eso sin que supieran.

Sara había hecho un gesto de contrariedad, que él no vió entre la noche negra. De nuevo sonó la voz importuna.

—¡Saritaaaa...!

—Oye, me están llamando... Me voy...

—Otro beso, antes...

De nuevo las bocas se juntaron, pero esta vez no duró la unión. Ella se separó con rapidez.

—Me voy.

—¿Esta noche...?—preguntó Francisco.

—No, Francisco, está lloviendo y hace mucho frío... Mañana, ¿quieres?

Y la chica echó a correr. Francisco volvió mal humorado al campamento. El hubiera deseado que Sara apreciara en su verdadero valor el regalo que acababa de hacerle, y ni siquiera las gracias le había dado: por la muchacha se había privado de aquello, y ahora tenía hambre...

La noche se hacía más helada, a pesar de la lluvia. Francisco comió rápidamente un pedazo de carne a medio asar que le dió su madre, se bebió un jarro de café caliente y se tiró en sus jergones. Sara permanecía ahí, en su cabeza, ahuyentándole el sueño. ¿Lo querría de veras la muchacha...? Quién sabe... Pero sus besos eran dulces.

III

Una tarde llegó aquel hombre con un mensaje para Nahit. Juan Mijra, el jefe de una tribu que vivía en el Norte, mandaba llamar al viejo y los suyos.

—La vida está buena por allá—dijo el joven—; nosotros habitamos unos galpones donde no entran el frío ni la lluvia. Se gana plata. Mijra tiene que seguir viaje al Norte y cree que a ustedes les convendría ocupar ese sitio. En realidad, la vida está buena por allá.

El extraño vestía elegantemente. Botas coloradas, altas hasta

la rodilla, pantalones gruesos y bien tenidos y un sombrero enorme, parecido al de los cow-boys. Era un hombre moreno de 25 años, ojos verdes sembrados de pequeñas partículas de oro, que relampagueaban a veces. Todos se sintieron inclinados hacia él, desde el primer momento, en la tribu de Nahit, menos Francisco. ¿Qué extraños presentimientos le dolían al joven?

Inmediatamente, después de pesar el mensaje de Mijra, Nahit decidió:

—Nos vamos al Norte. Llegaremos hasta Chillán donde de cualquier manera hay que conseguir dinero para el viaje. Luego a Valparaíso, a los galpones.

La lluvia empezó a caer sobre sus palabras y Nahit ofreció hospitalidad al joven mensajero, quien inmediatamente se quitó las botas y se soltó a dormir sobre el jergón que le señalaban.

Y desde ese día empezó una vida nueva para la tribu. La tristeza había retirado sus anillos sombríos de aquellos rostros. Los gitanos trataban al desconocido, que dijo llamarse Samuel Forgue, con respeto y distinción, ya que era el portador de tan buenas noticias.

Para los amantes, sobre todo, comenzó un nuevo período, desde la tarde en que Samuel apareció con sus botas coloradas. Sara comenzó a hacer jugar sus miradas sobre el extraño, que era tan hermoso y tan varonil como Francisco, y que según se decía en el campamento tenía mucho dinero.

Francisco sufría. En su corazón hubo choques sombríos cuando advirtió que Sara no era la misma. Se entusiasmaba con una presencia extraña hasta olvidarse completamente de él. Ya a ninguna hora podía hablarla, porque siempre estaba con Forgue. Los celos de Francisco culminaron el día que Samuel, con gran pompa, regaló a Sarita un anillo de oro, adquirido, según dijo, especialmente para ella. Decididamente, a ese desconocido lo mandaba el destino para ser su perdición.

Por la noche Samuel se quedó en el pueblo y Francisco pudo hablar a su querida. Otro pequeño bosque de árboles interceptaba la luz del campamento.

—Ahora me vas a explicar lo que hay, Sara. Yo no soporto

más esa amistad con Forgue... ¡Te ha comprado con sus regalos!—agregó después con voz sombría.

La chiquilla tembló. Conocía el carácter violento de su amante. Sin embargo era consciente también del poder de sus besos. Agazapada, hipócrita, felina, se acercó a él. Sus brazos subieron a lo largo del cuerpo de Francisco y se anudaron alrededor de su cuello.

—¿Pero qué es eso, Francisco?... Como traje tan buenas noticias, yo estaba contenta como todas... Nada más.

—¿Y cuándo se irá?—interrogó el otro.

—Dice que llegará con nosotros hasta Chillán. Luego tomará el tren del Sur....

A Francisco se le iluminaron los ojos. Enamorado a quien se desarma con una palabra. Corazón lleno de nubes que—como los náufragos—se agarra a la primera tabla de salvación. Estaba equivocado, seguramente. Con la confianza que dan los besos de una mujer querida, le volvió la perdida tranquilidad. ¡Ah, si por casualidad a Samuel Forgue se le ocurriera poner los ojos en Sarita, se estrellaría contra toda la frialdad de la chiquilla!

Luego comenzó a sentir que unos labios calientes le recorrían la cara y se apretaban con desesperación contra su boca. Las piernas le temblaron, incapaces de sostener su cuerpo y aquel otro que se prendía, que se anudaba fieramente al suyo.

IV

La tribu comenzó la marcha hacia Chillán, donde pensaban vender todos los cacharros de cobre a un buen precio, para seguir viaje hacia el refugio que les ofrecía Juan Mijra, por intermedio de aquel joven, que no se apartaba del lado de Sarita.

Francisco sufría solo, furiosamente. ¡Cuántas veces quiso tranquilizarse, quitarse ese frío arropándose con las palabras de la chiquilla, con el recuerdo de sus calenturientos besos! Era inútil. En su cerebro empezaba a germinar un odio helado, ra-

zonado, contra ese aventurero que venía a arrebatarse el amor de su novia. Muchas veces, cuando los miraba caminar juntos, le venían unos locos deseos de echarse encima de él y molerlo a golpes. Pero el hombre era sagrado, así se lo había dicho el abuelo Nahit. ¿No era él, acaso el mensajero de la buena nueva, del recado que significaba para los gitanos la vuelta de la alegría y la esperanza? ¿Entonces? Entonces nada podía hacer, sino tragarse sus inútiles palabras de despecho, masticadas en la soledad. Nada podía hacer, sino esperar un momento en que el odio se hiciera demasiado ancho para caber dentro de él y matarlo entonces como a un perro... En sus botas estaba oculto un afilado puñal, huérfano de sangre humana todavía, pero que no tardaría en tñfarse con las del intruso, si las cosas seguían así.

El otro parecía no advertir aquel odio profundo. De día solía perderse hacia los cerros que limitaban el camino. Lo último que veían de él eran sus botas coloradas pisando pequeños arbustos helados.

Varias veces conversaron los dos hombres y nunca pareció estar Samuel al cabo de su situación de intruso en el eorazón de Sarita. Por lo menos jamás lo dió a entender. Más bien hablaba de ella con cierta altivez, y una tarde que caminaban juntos, se permitió decir, señalando a la chiquilla que marchaba adelante, más pronunciado que nunca el movimiento de sus caderas:

—¡Es linda!, ¿eh?

El otro no respondió nada.

¡Sí que la encontraba linda! Pero de no estar atado con aquellas cuerdas del respeto hacia la persona de Forgue, habría gritado que no, que no era linda, que nadie debía decirlo.

La sombra de un odio feroz se le entró definitivamente en el cuerpo. Ya no pensaba sino en agresiones y venganzas. Y lo que más duro hacía el suplicio del gitano era la obligación de reconocer en su interior que Samuel era hermoso con su hechura atlética, con sus ojos lejanos, perdidos en invisibles latitudes. Le envidiaba además el dinero, que Forgue hacía sonar

en sus bolsillos; el dinero que le permitía usar aquel elegante traje, las hermosas botas coloradas, el sombrero de cow-boy y el pañuelo de seda, lindo, de colores burlescos, anudado graciosamente alrededor de la garganta.

Una noche Francisco salió oculto del campamento. Todos dormían. Faltaba poco para llegar a Chillán y habían hecho alto en la falda del cerro, en el hueco de una quebrada para capear la lluvia, que indudablemente se les vendría encima. Sin embargo, cuando Francisco se alejó a pasos rápidos de las carpas, aun no se sentía el caer de las goteras.

Lo seguía Blinde, el gran perro de los Mishel. El muchacho echó a andar con dirección segura y no regresó hasta unas dos horas más tarde. Traía, amarrado de una cuerda, a un pobre cordero que temblaba de frío debajo de sus lanas sucias... Ya iba a llegar el alba y el muchacho no se detuvo sino el tiempo necesario para amarrar a Blinde, que a cada momento las emprendía contra el cordero. Francisco tomó el camino de Chillán arrastrando su presa.

Eran las siete ya cuando volvió, cansado, soñoliento. El cordero robado había sido vendido a un campesino y en sus bolsillos sonaban alegres monedas. Nadie se admiró cuando lo vieron llegar en ese estado. Esas desapariciones nocturnas eran frecuentes. Francisco había aprendido a robar animales, igual que a jugar al naipe, fumar y beber aguardiente, es decir, de verlo entre sus mayores.

El joven llamó a Sarita, que llegó sonriéndole desde lejos, temerosa sin embargo, y le hizo sonar como una cascada las monedas dentro del bolsillo. Ella lo miró con asombro.

—¿De dónde lo sacaste?

—Un cordero... Anoche... Te compraré un pañuelo de seda y un espejo cuando lleguemos a Chillán.

Ella saltó de alegría.

—Pero es preciso—continuó él—que te dejes de andar con Forgue. Ya me habías prometido que no conversarías más con él.

La chiquilla convirtió los arcos de sus cejas en dos líneas

rectas, movimiento de desagrado que la hacia aparecer más graciosa.

—Al fin y al cabo—dijo—, esto me aburre. Yo no le encuentro nada de malo.

Ya Francisco estaba furioso. Se le subía a la cabeza una falsa sensación de poder que lo perdía.

—¡Yo no quiero! ¿Entiendes?

Y la cogió de un brazo con un ademán demasiado rápido, demasiado brusco. Ahora era ella la que rabiaba, con los ojos, con la boca, con la actitud entera.

—¡No me importa nada!—dijo resueltamente—: andaré con Samuel todo lo que me dé la gana!

No pudo continuar la colección de palabras coléricas que iban saliendo de su boca. Francisco le apretaba el brazo en tal forma, que ella se detuvo, indecisa y sufriendo. Era la primera vez que el muchacho se mostraba así, desnudo de esa especie de adoración con que la trató siempre. Y aunque su brazo le dolía todavía, bajo el apretón que no cesaba, esto no le parecía del todo mal. Ante la actitud violenta de Francisco se despertaba en ella ese sentimiento de debilidad que hace a la mujer pasar de pronto del estado de vencedora al de humilde esclava delante de la brusca imposición de un hombre. No le parecía del todo mal aquello, pero no pudo resistir el dolor y lanzó un grito.

—¡Bruto!

Luego las lágrimas empezaron a rodar silenciosamente por su rostro y aquel llanto que caía sin ruido sonaba como aleteo de pájaros perdidos en el corazón del amante, que estaba ahí parado tontamente, quebrada su actitud inicial, ante algunas lágrimas; arrepentido, doliéndole su propia violencia, ridículo.

La gitana se alejó despreciativa hacia el campamento y él aun permanecía echándole maldiciones, echándose a sí mismo y a aquel intruso que le arrebatava su esperanza.

V

Cuando llegó la noche cayendo en grandes olas continuas, Francisco estaba sentado en una piedra, a varios metros del campamento, en donde brillaban dos alegres fogatas. Tenía la cabeza llena de reflexiones tristes por causa de Sara, a quien divisaba en ese momento hablando con el otro a la orilla del fuego. ¿Qué actitud debería tomar ante las cosas? Sí, ¿qué actitud?

De repente se levantó y marchó en busca de una voz que lo llamaba a gritos desde el campamento. Comenzaba la comida, que ahora era alegre, tan distinta de las anteriores, en que todos comían tristes, agachados, la mirada turbia, sin hablarse. Y sin embargo eran los mismos pobres alimentos a medio cocer, a medio asar.

Luego la noche lo atrajo nuevamente y se perdió en la espesura de la sombra.

Al alba las tiendas fueron levantadas y los gitanos emprendieron el camino, alegres, animosos. Esa última jornada era corta; pronto arribarían a Chillán. Sin embargo, la lluvia los sorprendió temprano y la marcha se hizo dificultosa.

De pronto Sara se dió cuenta de que Francisco no venía en el grupo y lo hizo notar a su abuelo.

—Es verdad—dijo Nahit Haidas sin extrañeza.

Y nadie dió mayor importancia a la ausencia, que muy bien podía estar justificada por algún botín que el muchacho quería hacer suyo.

Llegó el mediodía y se detuvieron al almuerzo en unas chozas abandonadas. El joven no aparecía, ni apareció tampoco cuando los gitanos llegaron a Chillán, envueltos en el oscuro choapino del anochecer. ¿Qué había sido de él?

¿Qué había sido de él? Esta pregunta sonaba de pronto entre el pensamiento de Sarita y cada una de sus palabras adquiría proporciones inesperadamente grandes. ¿Por qué estaba inquieta la niña, por qué Sarita tenía ese impaciente gesto ante la ausencia repentina de Francisco?

Dos días pasaron y el silencio, siempre la ignorancia, el no saber nada. Podrían haber partido aquel día, y ese era el deseo de casi todos, pero cuando el viejo Nahit hablaba, los demás guardaban silencio. Y el viejo había hablado, con palabras de Sarita:

—Se habrá perdido Francisco. ¡Hay que esperarlo hasta mañana!

Samuel Forgue había tomado el ferrocarril hacia el Sur, el día anterior, sin pasar más allá en sus requiebros a la chiquilla, y ella, sintiéndose sola, no ocultaba ya su angustia. Angustia inútil. Se estaban jugando los intereses de varias personas. Si permanecían en Chillán, el dinero se acabaría de nuevo... Haidas, el viejo, dió la orden de partida. Tres días eran suficiente espera.

El tren, la marcha, la confusión. Una gitana, la madre, intranquila; otra gitana, la novia, desesperada llorando y sin dejar de mirar tras los turbios cristales de sus lágrimas, el andén, lleno de personas indiferentes, por si descubría entre ellas la presencia de Francisco...

Era inútil, pequeña. Francisco andaba por los campos con lluvia, llevando a la espalda el fardo de todas sus tristezas. Por eso no había de volver a la tribu, a las gentes que no le interesaban, desde que borraste su retrato de tu corazón. Le había tomado cariño a la noche y entre sus pliegues se quedó dormido. ¿Después? Después vendría la mañana nuevamente y echaría a andar, solo eso sí. Pero ten la seguridad, Sarita, su propósito era no volver nunca a la tribu de Nahit Haidas.